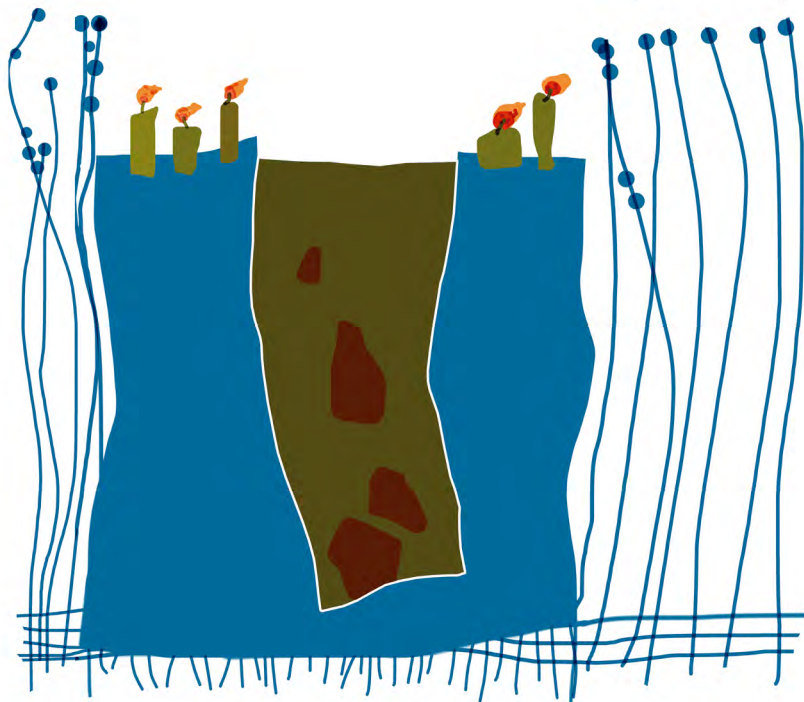


¡AY, FLORENCIA!

VÍCTOR AUGUSTO ROMERO RAMÍREZ



Siempre quise matarla, la asesiné muchas veces entre mis fantasías. La odiaba, aunque claramente tanto odio se produjo después de amarla. Mi cuarto no tiene ventanas, a veces escucho las campanas de una iglesia y pienso profundamente

te que alguien en algún momento vendrá a salvarme; sé que Cristo no es, él no me daría ni de su pan, ni de su sangre, él me envidia porque he consumado los pecados que jamás a él le permitieron cometer.

¿Salvarme de qué?, me pregunté mientras lanzaba la vista a la cámara vieja ubicada en una esquina de la habitación.

—Fíjese usted lo irónico: a alguien le están pagando por ver esta vida tan triste y aburrida, por eso a veces le bailo, para que se divierta.

Recuerdo muy pocas cosas que tengan importancia antes de encontrarme en esta habitación. Monotonía, gente viajando atestada en Transmilenio, destino hacia ningún lugar. Sí que amaba los jueves, único momento de vida, de voluntad de poder. ¡El Freud era tremenda fiesta! Los besos de tres, la música, la cachaza quemando la garganta y esos seres extraños tan apacibles al vaivén del día y la noche. Bogotá me consumía en un no retorno de lo que había sido mi vida; en pequeñas estalactitas formadas gota tras gota, he creído ver la ciudad con algo de calidez y amargura.

—Siéntate y mírame a los ojos —dijo ella con sutileza—. ¿Te acuerdas de mí? Guarda bien esta pregunta. Pondré algo de música, sé lo mucho que te gusta —mientras reproducía *Gracias a la vida* de Mercedes Sosa.

—¿Qué opinas? ¿Qué te parece? Es buena Mercedes, ¿no? —me preguntó.

—De oído a oído, quiero que recuerde eso. No me parece la gran cosa —contesté algo enojada—. ¿Sabe que Mercedes

nunca escribió esa canción? Y la chilena, Violeta, quien sí lo hizo, se voló la cabeza ¿A quién le daba las gracias, y a quién debo darle yo las gracias?

Mi percepción interna está desvariada y emocionalmente soy incompetente. Nunca sé lo que es real. Ella siempre regresa y ojalá supiese el día, fecha u hora, pero en este cuarto no hay nada de eso: solo aparece, ahí vestida de colores y quiere conversar conmigo de mi vida. ¿Por qué? Mi furia va incrementándose, si ella me viera a través de mis ojos... Pare y piense, regrese por donde vino.

—Vía sin moverte de aquí, solo recuerda. ¿Qué es lo que ves? —preguntó mientras me alcanzaba un jugo de arazá.

—El agua en mi cara, los bosques, la silueta de la gente y el sonido de las ollas, el sol a media tarde. El agua fría golpeando mi cuerpo, y una voz que murmura: *escapa, escapa, se hace tarde* —respondí con voz entrecortada mientras ella tomaba mis manos.

—¿De qué escapas? —preguntó con voz firme.

—¡Maldita sea! ¡De ellos, de ellos! Ellos se llevaron todo lo que un corazón amarra.

Siento nuevamente estos dolores fantasmas, ese dolor que proviene de una parte que ya no está allí. Había muchas sombras, se hacía tarde y todos corrían a sus casas, yo seguía ese automatismo como de quien tiene hambre y come, aunque en la mesa nunca hubiese mucho que comer. Las chicharras eran las únicas que sonaban advirtiendo el calor de la zona, el supuesto verano, y quien hiciera más ruido que ellas, moría.

—Tienes que perdonarlos —dijo consternada—, sé más de lo que tú sabes, pero siento menos de lo que sientes.

—Aún escucho los huesos crepitar, escucho la leña que arde, escucho las voces de mi gente rezando, aún escucho sus gritos. Veo sus cuerpos aquí en la tierra, sin ceremonias, sin velas, sin ataúd. Veo sus cuerpos bajando por los ríos y pienso en ese instante en que el sol les quema la cara sin sonrisa; ellos ya vivieron en esta escena que pasa a través de mis ojos, más adultos o aún niños. ¿Cuándo seré yo la que bajará por el río o la que estará bajo tierra? —dije mientras sollozaba.

Ella se acerca despacio y coloca su pecho contra el mío, me abraza, apacigua.

—Te dije esos días que cerrarás tus ojos —susurró a mi oído—. ¡Ay, Florencia! Sé que hoy vamos a morir. Ya sabes la respuesta a la pregunta y sé la intención de tu primer comentario. No hay edén en esta tierra, pero siempre regresas, esta es la última vez que estamos en esta casa. Viajaste a la capital para redimirte, acá nadie ocupó tu soledad. Repetías esa frase: *¡El centro de todo sería el olvido de la guerra!* Olvidaste el acento de pueblerina, pero nunca se olvida el sur.

—No estás loca, solo despierta.

Estoy en mi casa, desolada. Siempre regresé cada año y nunca había estado decidida. Aquí en mi propia sala donde reí, se fue mi madre, mi padre, mi hermano, mi abuela. Nunca cerré los ojos, esos hombres hacían su “trabajo”, ¿por qué Dios no me puso con mi familia en ese instante? Nadie investigó, nadie sabía nada. Solo eran otros muertos de los muchos, pero eran mis muertos...

No hay día que no recuerde esa escena, ese día, esa hora.

La cocina aún está intacta y voy por ese cuchillo. Rezo, él justo en este momento tendría que salvarme de esto, ¿por qué no aparece?

—Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo libra de todas sus angustias —recitaba mi familia cuando rezaba el rosario antes de comenzar un misterio.

¿No soy yo eso, una afligida? Quizá nunca fui tan buena católica. Me dirijo hacia la sala.

De oído a oído.

Estoy con ellos.

Vestigios.

